

á no perder un dia, porque el enemigo no pierde una hora. Ella nos indicaria nuestra prueba que es el tiempo; nuestro fin que es la eternidad; nuestra historia, que es el combate; nuestro consuelo, que es avanzar siempre; nuestro descanso, que es Dios solo.

SERMON SEPTUAGÉSIMO PRIMERO.

De los resultados del gobierno divino.

SEÑORES:

Hemos expuesto los medios de que Dios se sirve para gobernar las almas y gobernar la humanidad, y los hemos justificado; este gran trabajo está cumplido. Pero todo no está hecho: porque, aunque un gobierno se juzgue por los medios que emplea para alcanzar su fin y llenar su misión, también se juzga, y de una manera definitiva, por sus resultados. Ahora bien, ¿cuáles han sido, cuáles son los resultados del gobierno divino? Este poder infinito que está en Dios, esta sabiduría, esta justicia, esta bondad celeste, aplicadas juntas á hacernos perfectos y dichosos, ¿qué éxito tendrán finalmente? Dios nos ha creado por amor; nos ha rescatado por un amor todavía mas grande, y toda oreja ha oido de la boca misma de la verdad esta querida palabra: *Dios ha amado tanto al mundo, que ha dado por él á su único hijo* (1). ¿Quién no hubiese creído que tanto amor unido á tanto poder conseguiría su objeto, y que excepto algunas inteligencias pertinaces en su ingratitud, el mundo entero se sentaría el dia del banquete nupcial á la mesa del padre de familia, y que él, paseando al rededor de ella, se complacería en no ver un asiento vacío, una alma ausente, un niño que perdiese los abrazos de un soberano afecto? Hé aquí lo que el hombre se figura en su pobre y mortal corazón. ¿Pero es esto lo que nos profetiza la Escritura? ¿Es esta la verdadera conclusion? ¿Triunfa el bien del mal, ó acaso el mal vence al bien? En nombre vuestro, yo me lo pregunto con terror, y aguardo la respuesta. ¿Qué respuesta? ¡O Dios mio! Escuchad: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos* (2).

¡Hé aquí pues, la última palabra! ¡Dios ha dado su sangre para recoger á través de los siglos algunas almas diseminadas, y las demás, rebaño perdido en la iniquidad, se van, en columnas cerradas, á

(1) S. Juan, cap. 3, vers. 16. — (2) San Mateo, cap. 20, vers. 16.

acrecentar el abismo que no devuelve jamás lo que ha recibido, el abismo que habitan las lágrimas y el rechinar de los dientes, un fuego inextinguible y el gusano perpetuamente roedor! No soy yo quien lo digo: otra mano distinta de la mía ha grabado esta amenaza: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos*. ¿Qué podré yo contra una profecía tan manifiesta? ¿Qué puedo yo, simple depositario de una palabra que no es mía, sino de Dios, contra una sentencia tan clara, tan precisa, tan superior á toda interpretacion. La sangre de Dios tiene una elocuencia de amor que yo no podría negar; ella me dice cosas que remueven mis entrañas; pero esta palabra: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos*, tiene una elocuencia aterradora que destroza el alma, y le arrebatada su ternura y su tranquilidad. Si me vuelvo hácia ese tabernáculo, toco en él la sangre derramada por un Dios que no me debía nada; si me vuelvo hácia esa puerta se abre de par en par, para dejar entrar á la multitud de espíritus perdidos. La bendicion está á mi derecha, la maldicion á mi izquierda: pero la bendicion no es mas que un punto, y la maldicion un océano.

¡Oh! ¿quién me dirá lo que debo deciros, y quién calmará mi inteligencia perturbada, para que derrame yo en la vuestra el bálsamo de una verdad que no corrompe ni una bondad falaz, ni una justicia mas severa que Dios la ha hecho y la vé? Confío en que Dios me asistirá; me persuado que aquí como en otra parte hay en los misterios divinos una puerta consoladora, una puerta conocida de las almas que no procuran disminuir ni oscurecer las sombras de la fe. En vez de reducir este terrible objeto de nuestras reflexiones, yo quiero todavía extenderlo, y preguntarme por vosotros y con vosotros cuál es la relacion comparativa del bien y del mal, no solamente en la eternidad, sino desde hoy, en el tiempo que habitamos. Llamemos á nuestro tribunal al bien y al mal presentes, al bien y al mal futuros; pesémoslos en una balanza equitativa, hasta donde le sea permitido al hombre, y sepamos cuál de los dos triunfa de su adversario realmente.

Comienzo por la parte que está mas cerca de nosotros, por la que está á nuestra vista.

Ahora bien, Señores, yo os suplico que observeis que en toda comparacion se deben tomar en cuenta dos elementos, la cantidad material, y la cantidad moral, ó sea la masa y la calidad. Un gigante es matemáticamente mayor que un hombre de una estatura regular; pero este puede ser mas hermoso, de mas talento y virtud que el gi-

gante. Cuando preguntamos pues si el bien triunfa del mal en la humanidad, debemos tener en cuenta los dos elementos naturales de toda comparacion, y decirnos: ¿El bien triunfa del mal en el mundo en cantidad material, triunfa en cantidad moral?

Os suplico, en segundo lugar, que observeis que no solo se trata en esta comparacion del bien sobrenatural, sino del bien en general, cualesquiera que sea su origen, su mérito y su efecto. El bien sobrenatural, aquel que tiene la fe por principio, y la vision divina por término, es el único bien perfecto, el único que da á una criatura la esperanza y el derecho de ver á Dios cara á cara; pero todo bien distinto de este es agradable á Dios en su orden, y la Iglesia ha condenado á los que anatematizaban todo acto de virtud emanado de otra fuente que del soplo del Espíritu Santo. La probidad natural, la fidelidad del corazón, la grandeza de alma, la compasion, la templanza en la fortuna, el valor en la adversidad, y otros mil movimientos generosos se encierran en el pecho del hombre, y aunque no tengan por móvil á la gracia, ni por regla al Evangelio, ellos vienen de Dios por la conciencia, y Dios los recibe como un homenaje indirecto é imperfecto que se rinde á su soberana perfeccion. Él los recompensa en tiempo y lugar oportunos, con cierta medida, y aun en cierto grado sirven de escalon que conduce á lo lejos á las iluminaciones del orden sobrenatural. No nos es pues lícito el desdeñarlos al hacer una apreciacion del estado moral del género humano.

En fin, señores, observad que no se trata, para conocer la extension comparativa del bien y del mal, de oponer el vicio á la virtud, sino la cantidad de los actos buenos á la cantidad de los actos malos. La virtud es un estado estable, completo, que supone una alma ordenada por todas partes por la justicia y la verdad, y por consiguiente, este estado es raro, mientras que el del vicio es comun. La mayor parte de los hombres se vé trabajada por alguna pasion que altera la armonía de sus hábitos morales, y solo lentamente, y con muchos esfuerzos, llegan á desprenderse de las sombras de este triste imperio para descansar en la paz de una conciencia que no les echa en cara mas que imperfecciones. Pero este estado de lucha no es estéril, y no tiene por consecuencia la imposibilidad de producir el bien, sino que mil veces suele producir mas bien que mal. Ese hombre ambicioso sacrificará mucho al deseo de su elevacion: no obstante, es justo, sobrio, puntual, incapaz de deslealtad y de venganza; él honra su vida con un amor sincero del bien público, y en la piadosa oscuridad de la familia, es un modelo de ejemplo y de

cariño. Así como este hay muchos. Víctimas culpables de una mala inclinación, no están en gracia de Dios, ni poseen la gloria de la virtud sin mancha ni eclipse; pero sería injusto pintar su vida como un tejido de crímenes, y no reconocer en ellos los instrumentos de un bien mucho mayor que el mal que causan. Dios los vé tales como son. Él cuenta sus faltas, él escribe sus buenas obras, y él solo sabe el grado de misericordia que les concede su equidad.

Tomando pues el conjunto de los hechos humanos, no en un tiempo, ni en un lugar, sino en el curso total de las generaciones, ¿descubre Dios en el mundo una cantidad de bien materialmente superior á la cantidad del mal? Hé aquí la primera cuestión.

Ahora bien, señores, esto es ciertamente difícil de resolver. ¿Quién ha formado nunca la estadística del bien y del mal? ¿Qué ojo, excepto el de Dios, conoce las páginas del libro de la vida, y del libro de la muerte? Un día se romperán los sellos, y ante el universo congregado, toda conciencia se verá como fué. Pero hasta entonces, ¿quién puede acusar al género humano de haber sembrado más mal que bien en el doloroso campo de su destierro?

Cuando queremos conocer el estado de salud del cuerpo humano, la Providencia nos ha dotado para ello de un medio tan sencillo como seguro. El corazón, fuente de la vida, comunica su movimiento á las arterias, en que echa la sangre que él nos ha preparado, y este impulso llega á los extremos de nuestros órganos, donde su débil tejido nos permite interrogarlos. ¿Tiene también el género humano corazón y arterias? ¿Nos es posible tocarlos de cerca, y conocer en su pulsación cuál es el estado moral de este gran cuerpo de que somos miembros, al cual enviamos el flujo de nuestra vida, recibiendo el reflujó de la suya? Yo lo creo, señores, y quizá oyéndome me acusaréis de llevar muy allá la investigación de un misterio en que bastaría dudar para tranquilizar nuestro espíritu.

Moisés había conducido su pueblo á las puertas de la tierra prometida. Prevenido de su fin, y de que iba aproximándose la hora en que el Dios que había visto entre sombras y rayos en el Sinaí le aparecería en la desnuda sencillez de su esencia, con la frente resplandeciente todavía con los dos rayos que bajaron con él del monte Horeb, reunió las generaciones del pueblo escogido, y en pie ante ellas, después de haberles recordado los milagros y las leyes del Dios de sus padres, levantó la voz y les dijo: *Yo tomo al cielo y á la tierra por testigo de que os he propuesto hoy la vida y la muerte, la bendición y la maldición..... considera, ó Israel, que hoy mismo*

te he propuesto la vida y el bien por una parte, la muerte y el mal por otra (1). Así este grande legislador, tendiendo sobre la nación que había formado una última y profética mirada, le revelaba su porvenir con una sola palabra, que explica la historia de todas las razas humanas: el bien es la vida, el mal es la muerte. El bien es la vida del cuerpo, del alma y de las sociedades; el mal es la muerte del cuerpo, del alma y de las sociedades. En efecto, señores, ¿qué es el bien, sino la conformidad con la ley eterna del ser tal como Dios la lleva en sí mismo, y qué es el mal, sino la oposición á esta ley? Todo el que obra el bien se conforma con la ley del ser; todo el que obra el mal se aparta de esta ley. Y siendo necesariamente la ley del ser la ley de la vida, puesto que la vida no es más que el ser en actividad, se sigue de aquí que el bien se confunde con la vida misma, y el mal con la muerte. La experiencia nos lo prueba, si es posible, de un modo más evidente.

Vosotros sois jóvenes: vuestros ojos brillan con la inmortalidad de todo lo que comienza, y sentís en los últimos dobleces de vuestra carne una obediencia á vuestros deseos que no os permite siquiera creer en la fragilidad de vuestros años. Sin embargo, tened cuidado: tened cuidado, no del rayo, sino del pecado. Si abris vuestra alma y vuestros sentidos á este huésped misterioso, él causará sordamente estragos cuyo rechazo aparecerá muy pronto en vuestra frente. Arrugas precoces marchitarán su casta tersura; la luz de vuestras miradas se debilitará bajo vuestros párpados pesados; vuestros labios contraídos no abrirán paso más que á una sonrisa menguada y triste; una profanación lenta se extenderá por vuestro rostro, y grabará en él la destrucción que el alma siente dentro de sí misma. Vosotros os creeréis á solas con vuestra conciencia; pero la muerte está con vosotros, y ella proclama sin cesar vuestros desórdenes con elocuente acusación. Todo ojo la reconoce. Ella es hermana del pecado, y el pecado es su aguijón: *Stimulus autem mortis peccatum* (2). Como el buey adelanta el paso al sentir la punta, así la muerte se adelanta con los golpes del pecado; ella se infiltra en las venas para agotar la sangre, ella afloja el vigor de los nervios, ella penetra en el fondo de los huesos para devorar su sustancia, hasta que abrazándose con el pecado, el cadáver cae, y el cielo y la tierra lo miran con desprecio, por que allí se vé á un hombre que ha matado cobardemente la vida en su propio seno.

(1) Deuteronomio, cap. 30, vers. 15 y 19. — (2) 1a Epístola á los Corintios, cap. 15, vers. 56,

El mismo misterio terrible se realiza en las naciones. El bien las funda, el mal las lleva al sepulcro. Ni la antigüedad, ni la grandeza, nada es capaz de salvar á un pueblo corrompido. El arrastra por algun tiempo por la escena del mundo los restos innobles de su historia, defendido por la rivalidad celosa de sus vecinos y cierto no sé qué que sostiene en el aire un ruinoso edificio : pero mas tarde ó mas temprano su decadencia moral anuncia su destino. Este viene, no se sabe de donde, de razas nuevas y sin nombre; ellas ven de lejos el carcomido imperio que parece vivo por sus funciones, sus magistraturas, sus ejércitos y sus tradiciones, pero con sus virtudes ha perdido su sustancia y sus cimientos. Ellas se dicen : ¡Ved á Roma! Y alguna cosa les responde : ¡Venid, Godos! ¡venid, Partos! No temais esa vieja púrpura que cubre aun los hombros de la señora del mundo, porque esa púrpura no cubre á Escipion, esa púrpura solo cubre el vicio y la muerte. ¡Pasad el Rhin, insultad el Danubio, enturbiad el Eufrates, tended por tierra vuestras pieles de animales salvajes, y echad en ellas vuestra presa!

Si yo no me engaño, Señores, hemos descubierto en la humanidad dos arterias capaces de revelarnos el secreto de su estado moral, la arteria de la vida, y la arteria de la muerte, la vida que es el signo y la recompensa del bien, la muerte que es el signo y la recompensa del mal. Ahora bien, que nos dirán ellas, si las interrogamos? Ellas nos dirán sin duda que el mal es grande en el mundo, puesto que las naciones mueren en él, pero tambien nos dirán que el bien es aun mayor, puesto que la humanidad subsiste. La humanidad subsiste : ella ha atravesado fases sin cuento en siglos multiplicados, renovándose, como la naturaleza que arroja nuevos vástagos del tronco viejo de los bosques, y saca de la misma corrupcion un nuevo elemento vital. La humanidad ha sido vista en todos los tiempos, sostenida por la mano de Dios, abrirse á la civilizacion, levantarse con las virtudes, nutrirse con sacrificios oscuros é innumerables; despues, la depravacion se ha introducido á la larga, y los pueblos podridos han sido destrozados suscitando otros nuevos que han renovado los tiempos y han ofrecido honrosos espectáculos. ¿No es esta la historia? ¿Las vicisitudes de que está llena son otra cosa que las tempestades, con que el género humano, ayudado por la Providencia, purifica la atmósfera moral que respira, y perpetúa, á pesar del poder del mal, la superioridad del bien? ¿No conocemos todos que un pueblo no subsiste mas que por sus virtudes, y que si el mal llega á usurpar el trono del bien, está inevitablemente condenado? Pero

estas condenaciones no son de todos los dias; el rayo vengador no hiere sino por intervalos largos la existencia secular de las naciones. Es pues permitido creer que el bien prevalece mucho tiempo en ellas, y que cuando sucumben, tambien es permitido creer que Dios da ó reserva su lugar á pueblos mejores.

Yo apelo, Señores, todavía á dos síntomas paralelos que me parecen propios para ilustrarnos en esta difícil cuestion. Así como el bien y el mal van unidos á la vida y á la muerte como sus consecuencias lógicas, tambien tienen otro signo en la pena y el goce, estos dos estados que componen, por su distribucion entre los hombres, la suerte general de la humanidad. Vivir y morir, son los términos extremos en que nos hallamos encerrados; sufrir y gozar, son los términos interiores que resumen las pulsaciones de nuestro ser. Ahora bien, si buscamos qué relaciones tienen la pena y el goce con el orden moral, nos es fácil ver que la pena corresponde al bien, y que el goce corresponde al mal. No, Señores, que el gozar sea por sí mismo un crimen, ni que sufrir sea por sí mismo una virtud. No ciertamente. La pena puede sufrirse sin conocer su precio, ella puede ser un motivo de blasfemia y de odio contra Dios; como así tambien, el placer, por corruptora que sea su naturaleza, puede engendrar acciones de gracias, sacrificios, austeridades, y ser en todo caso objeto de una generosa moderacion.

Pero hecha esta reserva, no por eso es menos cierto que la pena, es decir, el trabajo bajo todas sus formas, es favorable al progreso del bien, porque purifica el cuerpo, destierra los malos pensamientos, disminuye los elementos del mal, aleja sus ocasiones, y por fin, nos tiene en presencia de Dios en un estado conforme á la expiacion que es la fuente única de nuestra salvacion. El goce, por el contrario, es decir la satisfaccion del ser en el reposo, contiene un veneno que enerva el alma, y desarraiga lentamente su virilidad. El hombre que para vivir no tiene nada que hacer mas que vivir, y que no aplica sus fuerzas al yugo honroso de un servicio voluntario, cae por una pendiente rápida de la languidez en el fastidio, y del fastidio en los desórdenes del corazon. Solo al cabo del tiempo, cuando hemos pagado nuestra deuda al trabajo, y la vida disminuida en todos nuestros sentidos nos retira las aguas demasiado vivas de su actividad, entonces, Señores, el reposo nos sienta bien, y Dios lo bendice. El descanso del anciano es un derecho y una majestad. Sentado á su puerta, hace brillar dulcemente en su memoria el modesto recuerdo del bien que ha hecho, y despierta en los otros la virtud con el espec-

táculo de la paz que corona sus años. Pero reposarse sin haber producido nada, reposarse desde la juventud, entregar á un goce precoz y continuo su alma y su cuerpo, es prepararles horribles corrupciones.

La historia os lo ha dicho, lo ruína moral de un pueblo comienza por el descanso vergonzoso de sus grandes. Mientras que la vida se conserva con el trabajo en las clases inferiores, huye deshonrada de las altas regiones de la sociedad. Costumbres cobardes producen costumbres licenciosas; la sangre mas generosa se envilece en los deleites sensuales despues de haberse debilitado en la pereza, y la depravacion, ganando terreno de uno en otro, solo queda algun aliento al pueblo envejecido en la cantidad de fatiga que necesita tomar para no morir de hambre.

Establecido esto, Señores, siendo la pena un signo del bien, y el goce un signo del mal, en la forma y limites establecidos, nos es posible formar algun cálculo acerca del estado moral del género humano. No necesitamos, con efecto, mas que preguntarnos quien triunfa en la tierra, el placer ó la pena, el reposo ó el trabajo. Seguramente la respuesta no es difícil. Dios se ha ocupado muy temprano en adherirnos á la noble gimnástica de una laboriosa actividad; apenas faltamos, pronunció contra nosotros la sentencia del trabajo con estas misericordiosas palabras que no debemos cansarnos de repetir: *Así comerás tu pan con el sudor de tu rostro* (1). Desde entonces la sentencia no ha dejado un dia de cumplirse. En vano se ha erigido la civilizacion, en vano las artes de la paz, el comercio, la industria, las invenciones económicas de la ciencia han sucedido á las devastaciones de la guerra; nada ha podido libertar al hombre de la ley del trabajo penoso, y apenas despues de sesenta siglos de esfuerzos para disminuir su peso ha podido lisonjearse con un imperceptible alivio. El cristianismo ha menguado, despues de la muerte del hijo de Dios, la miserias de nuestra suerte; él ha emancipado al esclavo, á la mujer, al niño; él ha duleificado el poder, dado á nuestro corazon ciertas lágrimas que calman la amargura de las otras; pero no ha quitado su resistencia á las frias capas de la tierra, ni su ardor á los rayos del sol. Nosotros hemos permanecido sujetos al trabajo para permanecer siendo hermanos de la virtud.

Sin embargo, lo repito, para que no acuseis mi pensamiento, la pena no es por sí un bien, ni el placer un mal. La pena nos inclina al deber por un estado permanente de sacrificio é impotencia; ella es la costa escarpada que rechaza el error de nuestras ondas, y las con-

(1) Gén., cap. 3, vers 19.

serva en el estado que les trazó la voluntad de Dios. Con frecuencia, desde lo alto de las montañas, he contemplado las llanuras que regaba el sudor del hombre; yo he visto al labrador anticiparse al dia, y á una multitud de mujeres, de niños, ancianos, y jóvenes, con el rostro inclinado hácia la tierra, abrir en ella surcos, ó recoger los ricos frutos sembrados por sus manos. Yo los he visto, despues de largas horas, tomar un sóbrio alimento bajo la escasa sombra de un árbol, ó de una tapia, y al anochecer, volver fatigados en grupos al umbral hospitalario de sus rústicas moradas. Este espectáculo me ha conmovido siempre, y me ha inspirado la idea de que Dios lo veía con placer, y de que, si todas estas almas no eran puras á sus ojos, á lo menos no lo ofendian sin alguna compensacion para su corazon de padre y su equidad de juez.

Otra cosa es el mal desarrollándose sin freno con la fiebre continua de la ociosidad, otra cosa es el mal comprimido por Dios sin reposo y noches sin ilusiones. La poesia antigua habia colocado la virtud en las cabañas; ella decia que los dioses, al bajar del Olimpo, se paraban gustosos en los vallecitos oscuros, al borde de las gabillas que habia recogido la mano pacífica del hombre de los campos. La sabiduría ha repetido de otro modo estos acentos de la poesia, y el cristianismo, al revelarnos la fe sencilla de las campiñas, nos ha permitido decir en un sentido mas elevado que el poeta romano:

O fortunatos nimium sua si bona norint
Agricolas!

Dios no ha querido que la mayor parte de los hombres se sofocase con el aire pesado de las ciudades, en el foco de todas las riquezas y de todas las tentaciones. Él los ha esparcido por las soledades de la tierra, á las márgenes de los rios, al pié de las montañas, en frente del firmamento que él habita, y les ha dado con un trabajo mas puro y mas dependiente de su Providencia un singular socorro y una perpetua religion.

¡Ay! yo lo sé, todo se corrompe, hasta los campos. Pero esta corrupcion no es el estado natural de las cosas; ella revela un veneno venido de otra parte mas alta, y profetiza las catástrofes que preparan la caída ó la renovacion de las naciones.

En una palabra, Señores, de la comparacion de la pena con el goce y de la vida con la muerte, este doble síntoma revelador, podemos deducir que la cantidad material del bien es aquí bajo mayor que la

cantidad material del mal. Pero aun cuando nuestros cálculos no fuesen exactos, la cuestion no quedaria resuelta contra la Providencia. Porque no basta comparar hechos con hechos y pesarlos con rigor servil en una balanza matemática, es preciso sobre todo conocer su valor metafísico y moral, y juzgarlos bajo este aspecto que decide de todo. Ahora bien, metafísica y moralmente, el bien domina al mal con una diferencia crecida. El mal no es mas que una negacion; él introduce en el ser una diformidad que ofende al ojo de Dios, pero que no destruye sustancialmente su obra. Dios reconoce en él su mano. Como sale de la tierra, donde los siglos la habian enterrado, una estatua mutilada, así el alma degradada por el pecado aparece á las miradas de su padre; es un mármol deshonrado, pero donde late aun la vida, y al cual el artista puede restituir su primera belleza. El trabaja con ardor; él ama estos restos; él le da golpes que mueven su esperanza y lo enternecen. Solo con la muerte toma el mal una consistencia que resiste al amor divino, y que contempla Dios como un imperdonable enemigo. Hasta entonces él pertenece á la arquitectura del bien, es una piedra que puede entrar en la ciudad santa, quizá en un lugar magnífico, que admirará á la inocencia sin desanimarla.

Ya lo veis, la cantidad material desaparece aquí ante el valor metafísico y moral; la oposicion absoluta entre el bien y el mal no es una realidad del tiempo. Dios, de lo alto de su Providencia, no descubre á la humanidad como dividida en dos campamentos eternamente separados: aquí monstruos, allí bienaventurados. El vé en todas partes seres débiles, los unos, que han precedido á sus hermanos en la senda de la virtud, los otros, que aspiran á reunirse con ellos, estos mas próximos, aquellos mas remotos, algunos desconfiados de sí mismos, pero no de la bondad divina, todos en fin, formando un solo cuerpo cuyos miembros se asisten, y en donde el mal sirve para promover el bien, como el bien sirve para la expiacion del mal. Por eso está escrito que diez justos hubieran bastado para obtener de Dios el perdon de una ciudad reprobada, porque estos diez justos, aplicando sus méritos á sus criminales hermanos, capaces todavía de enmienda y de misericordia, habrian restablecido en la balanza divina un equilibrio entre el bien y el mal. ¿Quién sabe además qué fuerza de intensidad puede contraer la virtud, y cuál es su valor en estas inmolaciones íntimas que nos revela imperfectamente la vida de los santos? El conde de Maistre ha dicho excelentemente: « En el corazon de Luis XVI ha habido aceptaciones capaces de salvar la

Francia. » ¿No hay otras mas oscuras ante los hombres, pero mas preciosas ante Dios? ¿No bastarian los dias de una hermana de la caridad para contrapesar los crímenes de una multitud? Yo lo creo sin dificultad, puesto que Dios no pedia mas que diez justos para libertar á una ciudad culpable de desórdenes que no se pueden nombrar. Yo lo creo mas todavía, cuando considero que la salvacion del mundo se debe á un solo sacrificio, sacrificio incomparable, sin duda, por la dignidad de la persona y por el movimiento de corazon del que le ofrecia, pero que, no obstante, guardada proporcion, nos prueba que la intensidad del bien en un alma única puede cubrir un abismo de iniquidades.

¡O vosotros, hijos del mal, sabed pues que, á pésar de vuestro número, no depende de vosotros el prevalecer contra la ciudad de Dios y el oscurecer su esplendor superabundante! David ha bastado para derribar á Goliath; una alma basta á Dios para formar con ella una muralla contra el ejército de vuestras infidelidades. Él derramará en ella ardores que apagarán los vuestros, y bálsamos que purificarán la tierra del olor de vuestras noches. Id, haced vuestra obra, dormid vuestro sueño, como os lo ha dicho Bossuet: mientras que borraís en vosotros la imágen de Dios con manchas, cuya ignominia querriais ocultar, alguna pobre jóven vela por vosotros en el honor de una virginidad que lo ha vencido todo, la pobreza, la seduccion, la juventud, la hermosura, la necesidad de amar, que es tan grande en los corazones puros. En tanto que vosotros gastabais el oro en un lujo infructuoso, alguna sirvienta, la vuestra quizá, escatima su pan cotidiano, y hace con él á la Providencia, en el seno de un desgraciado, un sacrificio que la justifica de vuestra implacable dureza. En tanto que, por una ofensa en que vuestro orgullo ha padecido legitimamente, vosotros derramais la sangre de un hombre, cristianos ofrecen la suya á las extremidades del mundo para afirmar la fe que salvará á sus verdugos, y conquistan mas gracia en el suplicio que la que se necesita para lavar cien veces la que vosotros habeis derramado. Así, bajo la accion de Dios, la grandeza sobrenatural del bien compensa, si es preciso, la cantidad material del mal, y la humanidad, á pesar de sus faltas, no ofrece al cielo ese espectáculo horrible con que se pretende abismar nuestra fe. El mal, tal como es, contribuye mas bien al acrecentamiento del bien, como da la tierra corrompida un alimento mas fuerte á la vegetacion.

Un dia llegará tal vez en que el mal triunfe del bien realmente, sea en cantidad, sea en intensidad: este será el signo del fin. No ha-